

Decir lo que se piensa

Julio Llamazares

EL NOVELISTA JULIO LLAMAZARES DENUNCIA EL MERCANTILISMO Y LA FRIVOLIDAD QUE SUFRE EN ESPAÑA CIERTA LITERATURA.

La degradación moral que invade últimamente este país y que las televisiones reflejan y alimentan día a día no sólo afecta al mundo del espectáculo, de la política o de la economía. La degradación moral que invade últimamente este país y que crece cada día un poco más afecta ya a todas las actividades, incluso a aquéllas que tradicionalmente parecían estar a salvo de este problema por su escasa importancia económica y social. La de escribir, por ejemplo, que es a la que yo me dedico.

El caso de la presentadora de la televisión que vendió 100.000 ejemplares de una novela plagiada de varias otras y que ni siquiera había plagiado ella (y quizá, posiblemente, ni leído) no es sino un ejemplo más, y no el más importante ni el más grave, del grado de corrupción, mercantilismo y frivolidad que también sufre mi oficio. Por eso, me sorprendió entonces el grado de ensañamiento con el que los periodistas y muchos escritores se lanzaron sobre ella, no porque no lo mereciera, que lo merecía sin duda, sino porque muchos de aquéllos tenían tantos motivos o más que ella para callarse y casos mucho más graves para hablar y no lo hacían. Por ejemplo: al lado mismo de sus artículos y de los reportajes dedicados al escándalo del plagio, todos los medios de este país reseñaban como un hecho cultural muy respetable la concesión a una periodista de un famosísimo premio literario que, como la mayoría de ellos, no sólo no es un premio (es un montaje publicitario), sino que está ya dado y hasta, a veces, contratado de antemano. Aunque nadie lo reconozca en público.

Y es que la hipocresía corre pareja a la trivialización del libro y del oficio de escribir; trivialización a la que contribuyen cada vez más a menudo quienes más precisamente deberían respetarlos. Porque lo grave no es que una presentadora de la televisión del corazón escriba e incluso plagie una novela, ni siquiera que se la haya escrito un negro (no es la primera ni será la última), sino que haya una editorial que se la encargue. Como tampoco lo es que se la presentara en sociedad la mujer del anterior presidente del Gobierno (estaría bien saber ahora qué fue lo que dijo de ella), sino que muchos escritores de los que se consideran serios darían un brazo por conseguir lo mismo.

Y es que desde que la literatura y en especial la novela se ha convertido en un negocio rentable, incluso en una puerta hacia el éxito económico o social, cualquiera escribe novelas e incluso pasa por escritor. Cualquiera no; a ser posible, que sea famoso, no importa por qué razón. Así pasa lo que pasa: políticos, periodistas, actores, presentadores, hasta los personajes de la prensa rosa y de la tripicallería del corazón escriben su novelita y acaparan titulares en la prensa y los expositores de los centros comerciales, desplazando a los escritores a un segundo o tercer plano. Incluso se permiten acudir a las ferias del libro junto a ellos, demostrándoles, de paso, que venden mucho más. Todo ello, por supuesto, con la colaboración de las editoriales y los librereros y con la complicidad o el silencio de la crítica.

Pero el problema no es tanto el desembarco de advenedizos atraídos por el negocio o por el prestigio de la literatura (al fin y al cabo, cualquiera tiene derecho a escribir un libro) como la degradación de una profesión, si así se puede llamarla, tradicionalmente seria por marginal y, sobre todo, el efecto de contagio provocado entre las filas de los escritores. Porque, mientras algunos —los menos—, permanecen ajenos al fenómeno, escribiendo su obra con honradez y desoyendo los cantos de sirena del mercado y de la fama, la mayoría han ido claudicando poco a poco, atraídos por el brillo de la popularidad; una popularidad que confunden con el prestigio (el que no se consuela es porque no quiere y que les obliga, entre otras muchas cosas, pues nadie regala nada, a aceptar premios ya dados —o a maniobrar para conseguirlos—, a acelerar el ritmo de su producción, a participar en actos de dudo-

sa o nula respetabilidad y, en fin, a formar parte del espectáculo en el que se ha convertido la literatura. Lo cual, no obstante, no les impide (al contrario, parece que les anima aún más a ello) seguir dando lecciones literarias y morales desde sus colaboraciones en los periódicos o desde las tertulias en las que participan.

Así las cosas, a quienes, por respeto a su trabajo o por pereza, o por ambas cosas a la vez, se mantienen al margen de todo eso, cada vez les resulta más difícil sobrevivir en medio de tanta degradación. Y ello no sólo por las presiones para integrarse en el circo, que son muy fuertes, sino por la confusión reinante, que parece igualar a todo el mundo («Señor gobernador, la confusión es tanta que yo ya no sé si soy de los nuestros», que decía un viejo alcalde falangista integrado en la UCD al gobernador civil de visita en su municipio, en los primeros años de nuestra democracia), y, sobre todo, por la desesperanza que produce saber que ni siquiera le quedará el consuelo de saberse por lo menos respetado, como antes sucedía con algunos escritores, pues vivimos en un tiempo en el que la sociedad no respeta el trabajo paciente y la honradez, sino que los considera una equivocación. Como le dijo a Felipe Vega, quien, como cineasta, sufre lo mismo en su profesión, un pastor de Extremadura: «A mí mis padres me educaron en la honradez y en el trabajo. Y éstas, ahora, son dos cosas que no sirven para nada».

Quizá sea cierto, pero por lo menos sirven para decir lo que piensas y quedarte tan tranquilo ©

* La primera versión de este artículo apareció el 23 de enero del 2001 en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, de Alemania, ante la negativa de un periódico y una revista españoles a publicarlo.

